

4-VII

CARTA PASTORAL  
DEL  
Ilmo. Sr. Obispo de Lérida  
ANUNCIANDO  
UNA SANTA MISION PARA LA CAPITAL  
EN LA  
PRESENTE CUARESMA



LÉRIDA  
IMPRESA MARIANA  
1896

# CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. OBISPO DE LÉRIDA

ANUNCIANDO

UNA SANTA MISION PARA LA CAPITAL

EN LA

PRESENTE CUARESMA



LÉRIDA

IMPRESA MARIANA

1896



Esta carta Pastoral se leerá en uno ó más domingos inmediatos á su recibo, esplicándola al pueblo, y repartiendo los ejemplares que se envíen á las Autoridades y demás personas acostumbradas.



Nos el Dr. D. José Meseguer y Costa, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Lérida, etc., etc.

*Al venerable Dean y Cabildo de nuestra S. I. C.,  
Clero, Comunidades Religiosas y fieles todos del Obispado,  
salud y gracia en N. S. J. C.*



NINGUNA cosa nos parece tan adecuada para meditar-se en el santo tiempo de Cuaresma, V. H. y A. H. como la dolorosa Pasión y sacratísima muerte de N. S. J. C., por la que hemos sido redimidos de la esclavitud del pecado. La dignidad y utilidad de esta materia, dice nuestro incomparable P. Granada (1), sobrepuja todo lo que se puede encarecer. Porque cierto es que entre todas las obras admirables de Dios, ésta es la más admirable, y entre las altas la más alta, y entre las útiles y provechosas la más provechosa, y entre las dulces y suaves, ésta es grandemente suave. Además de esto contamos que entre las obras de gracia, ésta es la mayor, entre los beneficios divinos el más soberano, y entre los sagrados misterios el más profundo. Y por esta causa lo

---

(1) Símbolo de la fe, p. III.



llama el Apóstol, Sacramento escondido en todos los siglos (1).

Bien merece, pues, que fijemos en él nuestra atención, escitando los sentimientos más tiernos y compasivos de nuestra alma, para comprender la intensidad del amor de Dios que en él resplandece, y agradecer el singular beneficio que por él se nos dispensa. Este misterio, dice San Pedro Crisólogo, pasma á los ángeles, sorprende á los hombres, espanta á los demonios, es superior á toda inteligencia criada, nadie es capaz de apreciar como corresponde, y atemoriza á los que lo creen (2). ¿Y quién podrá amar otra cosa fuera de Jesús, añade San Alfonso Maria de Ligorio, viéndole morir en medio de tantos dolores y desprecios, para conquistarse nuestro amor? (3) Porque no se trata amadísimos en el Señor, de un hecho que como otros tantos registra la historia de la humanidad, sinó de un esfuerzo de la caridad de Dios, para salvar al hombre que habia abusado de los dónes con que su Criador le favoreciera. Y ¿qué hace para salvarle? Nada ménos que enviar del cielo á la tierra á su mismo Hijo, para que le enseñe lo que más le importa, diciéndole: Yo soy el camino, la verdad y la vida (4), y despues de confirmar esto con pruebas innumerables, le dá el testimonio de amor más acendrado, pagando la enorme deuda que con la divina justicia contrajo por el pecado. Esto es lo que nos predica el Apóstol San Pedro, cuando nos dice: Cristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigais sus pasos. *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus* (5). Hé aquí un pensamiento sobrehumano, una idea grande en toda la estension de la palabra, una leccion acabada y digna de profundo estudio.

(1) Ephes. III, 9.

(2) Serm. 67.

(3) Reflex. sobre la Pasion.

(4) Joann XIV, 6.

(5) I Pet. II, 21.

## I.

Cuando el libro santo V. H. y A. H. nos presenta á Jesucristo, Hijo de Dios, padeciendo por salvarnos, quiere á la vez demostrar que el hombre por sí mismo era incapaz de conseguirlo. En efecto, era tal el estado de postracion en que quedó la naturaleza humana despues del pecado, que toda la economia de la creacion sufrió un trastorno cual ni podemos nosotros imaginarlo. Aquel radiante destello que ennoblecíó la frente del primer hombre ha desaparecido, aquella viva luz que iluminaba su inteligencia se oscureció, aquella paz que era fruto de la justicia original, queda turbada para siempre.

Un orador ilustre, arrebatado hace poco de entre nosotros, lo espresa con inimitable grandilocuencia: el pecado, dice, alteró la imágen de Dios, y su constitucion moral, sus tendencias, sus facultades, todo su sér quedó herido y corrompido. Era necesario por lo mismo reconstruir lo arruinado, unir lo separado, curar lo que estaba enfermo en la criatura, para hacer brillar nuevamente en ella la divina semejanza. Se necesita destruir el pecado, y despues formar, por así decirlo, una nueva creacion. ¡Infeliz hombre! ¿Cómo podrás llegar á este término, siendo un pobre esclavo que habitas entre las tinieblas del pecado y la sombra de la muerte? Si una mano misericordiosa no viene á romper tu cadena y á levantarte de tu abyeccion, ¿cómo podrás entrar de nuevo en la region de la luz y en la morada de la felicidad? (1) Necesario es preguntar con el Apóstol: ¿Quién nos librárá de este cuerpo de muerte? (2) Si todos los entendimientos de los hombres y de los ángeles se juntaran en uno, no pudieran inventar ni desear otro modo más conveniente

(1) Cardenal Sanz. *El hombre regenerado por Jesucristo*. Sermon de 1864.

(2) Rom. VII, 24.



para lo dicho que éste (1). Porque no podía alcanzar remedio para los pecados, el que estuviese sujeto á ellos, ni podía interceder por los siervos el que estaba obligado á las leyes de la servidumbre. Mas, hombre tan puro y libre como éste, no lo tenia nuestra region; por lo cual de otra parte habia de venir, para que pudiese ofrecer debida satisfaccion el libre por los deudores, el justo por los injustos, el inocente por los pecadores, el cual fuese en el exterior del mismo linaje que el pecador, mas nó de la misma condicion, para que de nosotros tomase de donde por nosotros pagase, y de si tuviese que ninguna cosa debiese (2). Y lo más admirable en Cristo es la voluntad de padecer por el hombre á fin de satisfacer á la justicia divina por nuestros pecados (3). Esta fineza de amor le debemos, el haberse ofrecido *porque quiso* (4). ¿Y quién podrá penetrar la profundidad de este acto de caridad omnipotente é infinita?

No bastaba á Dios haber criado al hombre, era necesario que lo regenerase, para que si la creacion lo hace imágen suya, la redencion lo hace hijo suyo, estableciendo una intimidad de relaciones que sólo por una aberracion inconcebible pueden trastornarse. La Pasion de Cristo con sus exuberantes riquezas es para nuestro bien: *Christus passus est pro nobis.*

## II.

Como en las obras de Dios V. H. y A. H. resplandece siempre la perfeccion más admirable, necesariamente en esta que contemplamos han de brillar las virtudes más eminentes. Pero no hay duda que el Eterno Padre quedó plenamente satisfecho del pago que le ofreció su

- 
- (1) Granada. De la redencion de Cristo.  
(2) Euseb. Emisen. homil. 7 de Symb.  
(3) S. Alf. de Ligorio. Reflexiones sobre la Pasion.  
(4) Isai. LIII, 7.

divino Hijo, ya por la infinita dignidad de éste, ya por el entrañable amor con que se sacrificó, ya por la resignacion absoluta con que se ofreció á su soberana voluntad, estando aún dispuesto á padecer más si hubiese sido necesario. Y sobre todo la gracia especialísima que nos mereció Jesucristo, fué esta disposicion para imitarle, uniéndonos á su oblacion por la que se santifican nuestros padecimientos y son dignos de premio eterno.

Hase renovado en el calvario, el portento de la milagrosa serpiente de metal, fabricada por Moises de orden del mismo Dios, ahora con más razon que entónces, si que puede decirse: mira y haz segun el ejemplar que en el monte se te ha mostrado (1). Porque si se necesita para vivir en el mundo la virtud de la justicia, el que espira en un madero afrentoso es el Justo por escelencia, y nos dá ejemplo de ella pagando lo que no debe, para que nosotros satisfagamos algo de lo que debemos. Todas las virtudes ha ejercido Jesus en su sagrada Pasion, y cada una de ellas en grado heroico, no sólo en cuanto á los actos exteriores, sinó mucho más en cuanto á los interiores que aquellos indican. Y esto era necesario segun esplican los maestros de la vida espiritual (2) porque habiendo venido á ser dechado de virtudes, en la Pasion quiso hacer un epílogo de ellas, al merecérnoslas todas quiso que estos méritos se fundasen en el ejercicio actual de todas. Además Jesucristo vino á vindicar el honor de las virtudes tan caidas en el mundo, en especial las que enseñan á despreciar las cosas humanas. Jesus fué pobre de espíritu, renunciando todas las cosas hasta el propio vestido, quedando desnudo en la cruz, y con la pobreza ejercitó la humildad que se encierra en ella, pisando todas las vanas honras y pompas del mundo, y abrazando todo género de desprecios. Ejercitó la mansedumbre, dejándose llevar como oveja al matadero (3)

- 
- (1) Exod. XXV, 40.  
(2) Lapuente. Medit. espirit.  
(3) Isai. LIII, 7.



sin hablar, sin defenderse ni indignarse en medio de tantas fieras que le acosaban. Dejó penetrar en su alma la tristeza y mortal agonía (1), llorando amargamente por nuestros pecados, hasta derramar no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo (2). Tuvo hambre y sed insaciable de justicia, ansiando hacer bienes y padecer males por justificarnos y darnos ejemplo. Fué misericordiosísimo dando cuanto tenía, hacienda, honor, sangre, vida y su mismo cuerpo para alimentar nuestras almas. Fué paciente, limpio de corazón y benigno en grado eminentísimo, y sobre todo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (3), humillándose con todo género de humillaciones hasta aparecer como un vil gusano (4) y anonadarse por dar vida al hombre. Finalmente practicó la caridad que es la reina de las virtudes, como solo la puede practicar un Dios, y volviendo de este modo al Padre, ha querido dejarnos especial mandato de esto, diciendo: un mandamiento nuevo os doy: amaos unos á otros (5).

Mira hombre, esclama S. Buenaventura, (6), y diligentemente piensa las maravillas que el Señor obró sobre la tierra. Dios es escarnecido, para que tú seas honrado; el inocente es azotado, para que tú seas consolado; el justo es crucificado, para que tú seas absuelto; el cordero sin mancha es muerto, para que te sirva de alimento; y su costado es abierto para apagar tu sed. A este mismo propósito añade S. Bernardo: Aquella magestad soberana quiso morir, para que viviésemos, y servir para que reinásemos, y ser desterrado para restituirnos nuestra patria, y abatirse á cosas muy bajas, para hacernos señores de todas sus cosas (7) y San Agustín hablando en figura de

- 
- (1) Marc. XIV, 33.
  - (2) Luc. XXII, 44.
  - (3) Philip. II, 8.
  - (4) Ps. XXI, 7.
  - (5) I Joann. IV, 8.
  - (6) Citado por Granada.
  - (7) Sup. Cant. Serm. XXII

Cristo explica la misma sentencia con estas palabras: Siendo tú enemigo de mi Padre, te reconcilié con El, estando apartado te reduje á El, andando descarriado te busqué, te traje sobre mis hombros y te llevé á su presencia. Por tí trabajé, sudé, ofrecí mi cabeza á las espinas, mis manos á los clavos, mis espaldas á los azotes, mi costado á la lanza, y finalmente toda mi sangre derramé por tí. Hé aquí la suma de las virtudes que como bálsamo suavísimo ha derramado nuestro adorable Redentor Jesus sobre las llagas que el pecado ha causado en nuestra alma. Confesemos, pues, ante este maravilloso espectáculo que si *passus est pro nobis*, ha sido para dejarnos ejemplo: *vobis relinquens exemplum*.

### III.

El lenguaje del ejemplo V. H. y A. H. es sin duda el más eficaz, por esto habiendo meditado siquiera sea brevemente la Pasión de Jesus, es necesario que pensemos con seriedad en aprovecharnos de ella, imitando los admirables ejemplos que nos dá. Al contemplar el estado de la sociedad actual, se ven tantos sistemas, tantas opiniones, y tanta division, que apenas sabemos á que atañernos. Se habla siempre de la cuestion social, y no sabemos aún en qué consiste, porque no se define qué es lo más importante para el bienestar temporal, y lo más conducente á la felicidad eterna. Pues yo os lo diré con el crucifijo en la mano: la verdadera cuestion social es imitar á Jesucristo, (1) el problema que hemos de resolver es seguir sus pasos, y así disminuirémos las penas de la vida, cuanto se pueda lograr esto en la tierra, y mereceremos la dicha de los que reinan con Jesus en el cielo.

Para pensar de otro modo es necesario negar todos los dogmas y destruir la religion verdadera, que no sólo es un hecho histórico, sino que ha demostrado con la es-

- 
- (1) Joan. XVII, 3.



perencia de diez y nueve siglos ser la única medicina para remediar los males que afligen á la mísera sociedad. Nadie puede negar la obra de Dios, la creacion, nadie puede ocultar la tremenda caída de nuestros primeros padres, es imposible desvirtuar el hecho de que ellos y nosotros somos deudores á Dios, y el mundo tiene una deuda ineludible con su verdadero Rey y Señor. No hay que inventar evasivas, todo el órden sobrenatural está en armonía con esto, y la sociedad humana se halla subordinada á esta ley universal. Sentado este indiscutible principio, pregunto á los maestros del mundo: ¿qué retroceso experimentaria la edad presente, estudiando con más detencion la cuestion religiosa? ninguno ciertamente, porque la fe ha de ser la base de las ciencias que cultiva el entendimiento humano. ¿Y qué perjuicio traeria conocer mejor á Jesucristo, practicar su doctrina, y aprovechar los méritos de su sagrada Pasion, enriqueciendo nuestras almas con el tesoro de gracias que nos regaló en su preciosísima sangre? No sólo no traeria perjuicio alguno, sinó que la sociedad se reformaria, mejorándose las costumbres, limitándose la influencia de la materia á ausiliar al espíritu, aumentándose la cultura y delicadeza de los sentimientos. Entónces se lavarian con la sangre del cordero inmaculado las iniquidades de la tierra, que resultan del desbordamiento de las concupiscencias, porque no hay cosa que purifique tanto los afectos del corazon, como un dolor grande del que muchos participan. Tal es el dolor sublime que nos embarga en la Pasion de Jesus.

¡Ah! ¿qué diremos el día del juicio, cuando el Hijo del hombre vendrá sentado sobre una nube, mostrándonos la santa Cruz (1) y las ensangrentadas llagas de sus manos, piés y costado? Sin duda lanzaremos aterrados una mirada al horizonte que se abrirá á nuestra vista, y un recuerdo amarguísimo abrumará nuestro sér, viendo perdido ó mal aprovechado un tesoro de felicidad tan grande, como

(1) Math. XIV, 30.

se encierra en la Pasion de Jesus. La ingratitud de los que habian de despreciarla, es la mayor pera que acibara el amarguísimo cáliz que hasta las heces apuró en ella nuestro Redentor. En nuestra mano está el aliviarle, compensándole con vida fervorosa y penitente la atroz injuria de los que le desprecian, y si no queremos ser de este número, no nos hagamos sordos á la exhortacion que nos dirige el Príncipe de los Apóstoles. Si Cristo Jesus padeció por nosotros y para darnos ejemplo, no lo ha hecho sino *para que sigamos sus pasos: ut sequamini vestigia ejus.*

#### IV.

Al hablar de la Pasion de Jesus, V. H. y A. H. no podemos pasar por alto la parte tan principal que tomó en ella la Santísima Virgen María. Sin duda las afrentas y dolores que afligian á su Santísimo Hijo traspasaban el corazon de tan cariñosa Madre, cumpliéndose la profecía del anciano Simeon, cuando recibió en sus brazos al divino Niño. (1) Es indudable que despues del Redentor, nadie tiene titulo tan lejítimo para nuestra compasion y agradecimiento, como esta Madre afligida que nos dirige lastimeros ayes, diciéndonos: ¡oh vosotros los que pasais por el camino! ved si hay dolor como mi dolor. (2) Y si no somos desnaturalizados, detengámonos ante esa heroica mujer que nos ha tomado por hijos al pié de la cruz, penetremos las intimidades de este corazon y demos expansion á los afectos, que necesariamente han de hervir en nuestro pecho.

Remontándonos al origen de su dignidad es como comprenderemos tanta grandezza. María está intimamente asociada á la obra de la redencion, Ella conoce la longitud, mide la latitud y se abisma en la profundidad del océano inmenso de la caridad de Dios (3). Si bien el ponzoñoso

(1) Luc. II. 35.

(2) Thren. I. 12.

(3) Ephes. III. 18.



hálito del pecado no manchó su pureza, viendo al Hijo de Dios crucificado para espiarlo, se identifica con sus sufrimientos y con ellos se ofrece al Eterno Padre, renovándole el presente que hizo en el templo de Jerusalem, y repitiendo los más inflamados afectos de un alma toda de Dios. No hubo criatura de corazón más tierno, sensible y amoroso que la Santísima Virgen, nadie tuvo más ardiente amor á Jesucristo ni tan vivo conocimiento de todo cuanto padecía el Señor. (1) Si tan grande fué el dolor de nuestra Señora con la profecía de Simeon, ¿cuánto mayor no sería cuando la vió ejecutada? ¿Quién podrá explicar la pena que sintió viéndole sentenciado por Pilatos, hallándole encorvado con el peso de infamante madero en la calle de amargura, contemplándole clavado en afrentosa cruz en medio de dos ladrones, y oyendo su última despedida al dejar el mundo y volver al Padre? ¡Oh Madre! dirémos, con un autor piadoso (2) pero ya no madre porque la muerte ha arrebatado tu Hijo, inmensa como el mar es tu aflicción. (3) Consolémonos pues, que con Jesus padeció también nuestra Madre, también Ella nos dá ejemplo de las más acendradas virtudes, y también gusta de que la invoquemos bajo el especial título de Madre del dolor.

## V.

Hé aquí V. H. y A. H. lo que nos pide la Santa Cuaresma. Pero al llamamiento general que cada año nos hace, es necesario en el presente hacer otro muy particular, esperando de vuestra religiosidad no habeis de desoirlo. Ya sabeis que nuestra santa Madre la Iglesia, dispone muy sabiamente se predique en este tiempo de propiacion, á fin de que el pueblo fiel recuerde las obligaciones que la ley santa de Dios nos impone, en orden á satisfacerle esta

(1) Almeida: Gemidos de la Madre de Dios.

(2) W. Stanihursto Dei inmort. in corp. mort. pat. hist.

(3) Thren. II. 13.

deuda que hemos contraído, haciendo penitencia para alcanzar misericordia.

A fin pues de que se grabe mejor la predicacion evangélica, hemos determinado se haga al fin de esta Cuaresma en forma de *Mision*, extraordinario medio de que se vale la Providencia para despertar nuestro letargo. No lleveis á mal que os diga con el Apóstol: (1) hora es ya de sacudir nuestro sueño. Si las voces que el Señor nos dá no hacen mella en nuestra alma, si los castigos que tenemos encima no nos mueven á levantar los ojos al cielo, si las calamidades públicas que nos aflijen no merecen nuestra atencion, es que hemos llegado al peor de todos los males, que es la indiferencia. Librenos el Señor de este frio que anunciaria la muerte espiritual de un pueblo favorecido por Dios, y á la voz de la Santa Mision renazca la confianza en nuestros corazones.

La Santa Mision no es solamente para confesarse bien una vez, y contentarse con formar resoluciones vagas, proyectos remotos que nunca se cumplen y volver luego á las mismas ocasiones de pecar. Es necesario entender bien que no se puede vivir en la ocasion del pecado, es más, el no hacer las diligencias debidas para apartarla, es ya una gravísima ofensa que se hace al Dios de la santidad, de quien somos hijos, y que nos dice: *sed santos porque yo lo soy*. (2) Hé aquí la gran razon para practicar la virtud y no detenernos en el camino de la santidad. ¿Qué le decimos al hijo de un principe? Mira quien es tu padre, conserva el prestigio de tu nombre, no envilezcas tu prosapia. Pues esta es la ocasion de que nos acordemos de nuestra noble alcurnia cristiana, que somos una generacion escojida, un pueblo de santificacion (3), y que Dios nos pedirá cuenta del mal uso de las gracias que con tan liberal mano nos concede.

En nombre de Jesus crucificado, en nombre de los

(1) Rom. XIII. 11.

(2) Levit. XI. 44.

(3) I. Pet. II. 9.



dolores que por nosotros padeció la Santísima Virgen Maria nuestra Madre, os anunciamos solemnemente estos dias de gracia, estos dias de salud. Acudid á la Mision todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres de negocios y gente de menos ocupacion. No parodieis las excusas de aquellos desgraciados que reusaron acudir al banquete del gran padre de familias, (1) porque todos estos pretestos son vanos, ante la magnitud de la causa porque se os convida á la oracion y á la penitencia. Seria un gran desaire, no precisamente á la Autoridad que indignamente ejercemos, ni al sacrificio que hacen los Padres Misioneros, sinó á la soberana voluntad de Dios, no dar á este llamamiento extraordinario toda la importancia que se merece.

El Espiritu Santo nos dice, que antes de la oracion debemos preparar nuestra alma (2) Por esto os anunciamos la buena nueva con tiempo, para que principiéis á conocer el beneficio que Dios nos hace, á vosotros los hijos de la Iglesia abriéndoos los tesoros celestiales con tanta abundancia, y á nosotros sus ministros dejándonos ver un espectáculo de fe tan grande como el que se vislumbra. Es necesario que á esta buena disposicion, siga una gran confianza de que con la Mision se han de remediar todos los males de nuestra alma. Por nuestra parte haremos todo lo posible, los confesores tendrán todas nuestras facultades extraordinarias, y triunfará la gracia, haciendo cada cual un esfuerzo soberano para que produzca todo el fruto apetecible, lo cual sin duda alguna está en nuestra mano, contando con el auxilio de Dios, la intercesion de su Santísima Madre, y la proteccion de los Santos Patronos de la Ciudad y Diócesis.

Desde ahora se ha de ir ya preparando el exámen de conciencia para la confesion, que ha de ser buena de toda bondad, es decir llevando dolor sobrenatural, y firme propósito de la enmienda, con resolucion inquebrantable de cumplir la penitencia satisfactoria y medicinal que impon-

(1) Luc. XVII. 18.

(2) Eccli. XVIII. 23.

ga el confesor, porque sin esto no haremos nada, y serán inútiles todas las predicaciones y todos los esfuerzos de la Mision. Y despues de haberse confesado y recibido la sagrada Comunion, con intencion de ganar las indulgencias plenarias y parciales que se conceden, es indispensable formar el plan de vida, para que si se vuelve al pecado, no suceda como decia Jesucristo á los enfermos que curaba, alguna cosa peor. (1)

A las Comunidades religiosas encargamos oraciones para el buen resultado de la Santa Mision, la caridad y su mismo instituto exige esto, rueguen pues como no dudamos lo hacen ya por la conversion de los pecadores, por la perseverancia de los justos y por la santificacion de todos.

Esto es una disposicion semejante á lo que se hace con las enfermedades corporales, que despues de salir del peligro, se procura la seguridad de la convalescencia, y la robustez constante para la conservacion de la vida. No ha de ser preferida la vida física á la vida espiritual, la dignidad del alma criada á imágen y semejanza de Dios exige otra cosa. Vivamos segun el espíritu, no seamos deudores á la carne (2), porque de lo contrario moriremos muerte eterna, que es la peor de las muertes. ¡Y quién sabe si la temporal nos aguarda muy pronto sin tiempo para confesarnos!

Despues de la Mision se ha de conocer el fruto de ella en la total reforma de las costumbres. Los Superiores y los padres de familia tienen grandes deberes que cumplir en este punto, dictando las disposiciones debidas para que sea cumplida la ley de Dios, para que no se olviden los mandamientos de la Iglesia, y cada cual atienda á las obligaciones del estado en que le puso la Providencia. Una saludable correccion á tiempo, evita gravísimos males que más tarde no se pueden remediar. Si desde los primeros años de la vida se infunden hábitos de modestia, laboriosidad, obediencia y sobre todo de sufrimiento,

(1) Joan. V. 14.

(2) Rom. VIII, 12.